

A propósito de la Jornada Mundial de la Juventud.

Acabamos de asistir a otra Jornada Mundial de la Juventud que exuberante no parece afectar demasiado a la vida cotidiana de nuestras comunidades. No es extraño que tengamos la sensación de que, paradójicamente, la muchedumbre de jóvenes allí reunidos contrasta con la mínima porción de ellos que vemos en nuestras comunidades. Tampoco es extraño que esto lleve a algunos a un desinterés práctico por su significado para la Iglesia o incluso a una crítica de este tipo de eventos pues no se sabría si realmente sirven para algo.

Sugiero una forma de mirar que implique a nuestra fe de forma que, más allá de juicios críticos o emotivos sobre esto o aquello, ensanche nuestra vida cristiana. Utilizaré unos cuantos verbos seguidos de preposiciones que nos acerquen desde distintas perspectivas a lo sucedido y a lo por suceder no solo allí, sino aquí.

Asombrarse de. Al viejo cristianismo europeo le está empezando a costar percibir la fuerza de Dios para hacerse presente, para presentarse como un torrente de vida que atrae y seduce por su santidad y misericordia. La composición de nuestras comunidades y la desafección de tantos que han pasado por nuestra catequesis ha debilitado nuestra misma fe que se acobarda en su proposición como si lo que ofreciera fuera algo muy apreciado por nosotros pero realmente de poco valor. La euforia de tantos chavales de las diferentes partes del mundo concentrados en Río y en otros lugares en pequeños grupos para seguirla juntos a distancia debe encender el asombro ante este torrente de vitalidad que Cristo siempre hace renacer cuando se presenta, y percibir cómo arraiga exuberante en tantos de tan diferentes culturas y caracteres. Deberíamos acercarnos a meditar este momento como expresión de la presencia de Dios que no deja de actuar a lo largo y ancho del mundo suscitando esperanza también a los más jóvenes. Contemplé una *muchedumbre inmensa ... de toda lengua, raza, pueblo y nación* (Ap 7, 9). ¿No podríamos dejarnos empapar por este versículo que habla del designio cumplido finalmente por Dios y que está representado casi sacramentalmente en este encuentro?

Alegrarse de. Quizá ningún joven era de nuestra comunidad, quizá algunos que asistieron a otras Jornadas ya no están... pero ¿no es hermoso ver la ingenuidad discipular de la adolescencia y juventud, que ha configurado a lo largo de tantas generaciones una entrega tantas veces perseverante y fiel en los muchos que hoy formamos la Iglesia? No es bueno dejarse llevar por un escepticismo fruto de nuestros fracasos o de la falta de perseverancia de algunos o de muchos. ¿No es hermoso contemplar cómo se encuentran y saludan los distintos y distantes si solo se pensara en sus países de procedencia? ¿No viene a ser esta Jornada, como diría el hermano Roger en sus encuentros de Taizé, una pequeña parábola de sociedad reconciliada en el Señor? Si hay un tiempo para la tristeza, hay igualmente un tiempo para la alegría y es el mismo Señor quien hoy nos lo regala con la fe de tantos jóvenes reunidos frente a él.

Orar por. Es verdad, nosotros sabemos la fuerza que el poder del mal tiene en el mundo exterior y en el que llevamos dentro. Conocemos el poder de seducción de los ídolos, conocemos la deserción de muchos y hasta de nosotros mismos, pero esto no

nos debe hacer caer en una acusación de mediocridad a los que se ponen en camino, sino que nos invita a la oración por ellos. *Quedaos aquí y velad conmigo*, decía el Señor a los discípulos. Cuando ahora la fe alegre de tantos jóvenes de esta Jornada tenga que enfrentarse a la tentación, ¿no deberá contar con nuestra oración? ¿No deberemos despertar llamados por el Señor para acompañarles con nuestra oración? ¿No debemos orar igualmente para que nos contagien un poco de su alegría a nosotros a quienes el paso del tiempo tantas veces va dejándonos la fe con la tensión baja? Si es verdad que el Señor necesita a los jóvenes como testigos de su presencia y ya los ha puesto en camino, nuestra oración debe intensificarse para que *no abandone la obra de sus manos* renovando así a su Iglesia.

Percibir que. No somos nosotros los que marcamos los tiempos y los espacios de influencia del Señor, de su llamada, de su manifestación. Todos quisiéramos que el Señor se nos mostrara en la forma que ya conocemos, en la que pensamos necesitar... pero él tiene su propia lógica. Sus caminos no siempre coinciden con los nuestros. Ahora el cristianismo parece descentralizarse y Europa quedarse pequeña para la grandeza de Dios. Ahora ya no podemos ser cristianos como antes, porque no somos los de antes y porque la sociedad no es la de antes. Ahora nos damos cuenta de que desde otros lugares nos dan testimonio de vida cristiana entre dificultades y persecuciones. Si Dios no está donde estaba sentimos que está de baja, pero quizá solo esté de vuelo, acompañando el éxodo de miles de cristianos en otras zonas del mundo a las que no mirábamos ensimismados en nuestros propios problemas o grandezas. La Jornada podría hacernos comprender que está donde no lo percibíamos y que no debe angustiarnos que no se manifieste donde quisiéramos. En medio de sus oscuridades Jacob recibió en sueños la promesa de una descendencia que se extendería del oriente al poniente. Al despertar erigió una estela y se dijo: *Dios estaba aquí y yo no lo sabía*. ¿No deberíamos confiar como él nosotros, a los que Dios nos muestra su descendencia no en sueños sino en este encuentro al que él dará futuro? A la vista de esta Jornada, deberíamos despertar de nuestros miedos y decirnos: el Señor es el que da futuro y él está con nosotros.

Revivir lo que. Seguramente, de una manera o de otra, todos hemos vivido momentos de alegría en nuestra fe, hemos participado de encuentros donde nuestra fe fue alentada, reforzada, impulsada... Ahora, no importa la edad que tengamos, a la vista de esta Jornada somos llamados a revivir agradecidamente lo que vivimos, a ver el paso del Señor por encuentros que tuvimos y que nos hicieron tanto bien. No importa si fueron internacionales o pequeñas convivencias parroquiales o escolares... lo importante es recordar que el Señor se sirvió de momentos que fueron arraigando discretamente, o no tanto, nuestra fe.

Contagiarse con. Si algo debería caracterizar a los cristianos es la alegría (Fil 4, 4-5) y el saber cantar al Señor en todo momento (Ef 5, 19). La vida, tan dramática a veces, nos hace perder demasiadas veces la conciencia de que *nada nos puede separar del amor de Dios*. Esta conciencia, aunque algo ingenuamente, se manifiesta en la alegría de los jóvenes en estos encuentros y, si es verdad que hemos de enseñarles a profetizar críticamente sobre el mundo, quizá ellos deban contagiar a nuestra profecía demasiado lúgubre algo de la locura juvenil de su fe, para saber cantar al Señor incluso en tierra extraña. Somos invitados, pues, a contagiarnos con ellos de la alegría que da el Espíritu.

Salir a. Al final todos han abandonado ese pequeño Tabor donde Cristo parecía transfigurado ante ellos en el cerro del Corcovado. Bajan enviados por él para ser luz del mundo y sal de la tierra. Su despedida de Río nos recuerda que así se despide Cristo de nosotros, enviándonos como testigos de su amor y heraldos de su Evangelio. Ellos y nosotros nos dirigimos a los mismos, a los hombres y mujeres que nos rodean y que aún no conocen la Buena Noticia del Señor resucitado. Si aquí en Madrid, junto a los jóvenes, se nos invitó a *arraigarnos en Cristo y permanecer firmes en la Fe*, ahora se nos envía como discípulos a *hacer discípulos* entre los nuestros.

Los brazos abiertos del Señor esperan a todos, ¿quién se lo dirá?

Publicado en *Trinidad y Liberación* nº 15 (Julio-Agosto 2013)